

XXXI.

CONCLUSIÓN.



El suelo propio, ni la misma cuna, ni la unidad de origen y de raza, de aspiraciones é ideales; ni siquiera los lazos de la herencia, de la materna lengua ó de la Historia: nada de lo que constituye una Nación, tenían los mexicanos al terminar la década primera del siglo XIX.

Nada teníamos

Porque el suelo era un suelo conquistado; la raza un cruzamiento de las triunfantes castas invasoras con la indígena raza subyugada, y la unidad de aspiraciones é ideales, jamás pudo existir entre el vencido esclavo que trabaja y el amo vencedor que le fustiga

Porque la tradición era distinta, la historia diversa, y la lengua era exótica é impuesta

Y porque, en fin, la desgraciada grey, nacida en el suelo que hoy es mexicano, teniendo por pastores algunos frailes buenos, y por amos algunos reyes malos, ni podía constituir un Estado, ni llamarse nación, sino colonia: Era una satrapía regida por dinastas españoles, y se llamaba Nueva España.

Hubo, es verdad, una rudimental civilización, la que alcanzaron las estenuas razas nahuatlacas, nacidas de la unión de Ixtac Mizcohuatl, *blanca culebra nebulosa*, con su primera mujer Ilancuitl; razas originarias del país de Aztlán, *tierra de garzas*, y Teoculhuacán, *tierra de los que tienen dioses por abuelos*: civilización traída por los aztecas, batalladores peregrinos que lograron edificar Tenochtitlán en el sitio elegido por sus dioses, y fundar una gran monarquía, la me-

xicana, que llegó á un alto grado de preponderancia y relativa cultura.

Pero, un aciago día, vino la *horda extranjera*, la esperada, la temida, la ya profetizada por los divinos abuelos de la teogonía nahuatlaca, y arrasó la ciudad edificada en el sitio escogido por el águila devoradora de serpientes, mensajera de Huitzilopochtli.

Y arrasó no sólo la ciudad imperial, sino también la civilización de aquel pueblo de guerreros Tlaecales, *hombres de gran corazón*, conquistadores de la tierra, y de reyes Ilhuicaminas, *flechadores del cielo*....

Tenía que suceder.... estaba decretado por los hados.

En cuanto á la civilización traída por los invasores, era la deficiente civilización medioeval española, fundada en una de las más antiguas religiones asiáticas, la religión hebrea, con más numerosos ídolos, más absurdos dogmas y teogonías más complicadas que la teogonía nahuatlaca.

Los dioses del conquistador eran más crueles que Huitzilopochtli.

El dios azteca se conformaba con sangre; Jehová necesitaba sangre y fuego.

Los sacerdotes nahuatlacas arrancaban el corazón á sus víctimas; los sacerdotes iberos las quemaban vivas.

La horda conquistadora, formada por temibles bandidos religiosos, alucinados, psicasténicos, poseídos del valor despiadado y el sombrío fanatismo de su tiempo y de su raza, no era la llamada á civilizar las tribus conquistadas: la esclavitud no civiliza.

Para que aquella grey de míseros esclavos llegase á convertirse en pueblo, á formar un Estado y á constituir una Nación, era preciso que primero pudiese deshacerse de sus feroces opresores, conquistando su libertad é independencia.

Y si las conquistó, pero después le fué preciso pasar por un trisísimo período de anarquía y de terrorismo; por una larga serie de sangrientas luchas, tremendas convulsiones y horribles cataclismos.

Aquel heroico pueblo nacía pobre de virtudes y rico de pasiones, valor y fanatismo.

Crecía con dolorosas heridas en el cuerpo y profundos rencores en el alma.

Como funesta herencia, le quedaban vicios, miseria y hábitos perversos....

Llevaba acumulados en su sangre, los malos caracteres de dos castas y los estigmas de dos razas.

Pero también llevaba algunos nobles rasgos, transmitidos por el atavismo, exacerbados por el cruzamiento y perpetuados por la influencia del medio, aunque un tanto degradados por la falta de educación y de cultura.

La Patria independiente, tuvo que soportar diversas formas de Gobierno: Regencias, Centralismo, Imperios, Dictaduras é Intervenciones extranjeras; guerras, traiciones, hambre y despotismo; todas las violaciones de los fuertes y todos los ultrajes de los malos; todos los horrores de la miseria y todos los dolores del infortunio.

Sus hondos males parecían sin remedio; sus revoluciones, sin tregua, y sus desgracias, sin término.

El militarismo amenazaba con hundirla para siempre en la angustiosa situación en que hasta hoy están hundidas muchas de las Repúblicas hermanas de la América Latina.

Fué la obra de un hombre, la que pudo salvarla de la ruina; y fué la excepcional, nueva, oportuna forma de Gobierno creada por ese hombre, la que ha determinado su regeneración, su paz y su progreso.

*
*
*

George W. Crichfield, el notable escritor norteamericano á quien ya hemos citado, clasifica los gobernantes y los gobiernos de las naciones latino-americanas, en la siguiente forma:

Muy buenos Gobernantes.

De México, Porfirio Díaz.

Del Brasil, Don Pedro II.

Buenos Gobernantes.— Los del mejor tipo.

De la Argentina, Dr. Domingo Faustino Sarmiento, General Don Bartolomé Mitre y General Don Julio A. Roca.

Del Perú, Don Ramón Castilla.

De Chile, Don José Joaquín Pérez y Don Federico Errázuriz.

De Venezuela, Dr. Rojas Paul.

Del Brasil, Don Prudente Moraes Barros.

De Colombia, General Santander, Bolívar y General Don Rafael Reyes.

Del Ecuador, Antonio Flores y (tal vez) O'Higgins.

Malos Gobernantes.—Típicos dictadores latino-americanos.

- De Venezuela, Antonio Guzmán Blanco.
De México, Santa-Anna.
De Colombia, Rafael Núñez.
De Guatemala, Rufino Barrios.
De Chile, José Manuel Balmaceda.

Muy malos Gobernantes.—Típicos dictadores latino-americanos.

- Del Paraguay, Dr. José Rodríguez Gaspar Francia.
De Venezuela, Cipriano Castro, Crespo, Falcón, Monagas, padre é hijo, Páez, y *casi todos*.
De Santo Domingo, General Heureaux.
De Haití, Hypolite, y *todos*.
De la Argentina, Juan Manuel Rosas y Juan Facundo Quiroga.

Los peores Gobernantes.—Típicos dictadores latino-americanos.

- Del Paraguay, Francisco Solano López.

Clasificación de los países latino-americanos.

PRIMER GRUPO.—Pueblos que progresan: en primer lugar, México, bajo un excepcional sistema de Gobierno, diferente de todos los sistemas de gobierno de Sud-América, y quizás de todos los sistemas de gobierno del mundo, por los peculiares caracteres que le dan una organización tan compacta.

En segundo lugar, Perú, Argentina y Chile, que no son Repúblicas más que de nombre, y que son, en realidad, oligarquías formadas por hombres que comercian en política.

SEGUNDO GRUPO.—Pueblos que no progresan, pero que pueden aspirar á un progreso relativo en lo futuro, y están regidos por dictaduras del tipo menos malo: Costa Rica, Brasil, Uruguay y Paraguay.

TERCER GRUPO.—Pueblos sin esperanza de redención ni de progreso, gobernados por la peor clase de dictaduras, y casi hundidos en la

barbarie: Santo Domingo, Haití, Nicaragua, Salvador, Guatemala, Honduras, Colombia, Venezuela, Ecuador y Bolivia.

Tal es, en resumen, la injustificada clasificación de Crichfield, inspirada en un concepto erróneo, cruel y exagerado.

Sólo hace Crichfield una honrosa excepción de nuestro actual gobernante y nuestra forma de gobierno, que describe en los términos siguientes:

«La prosperidad material de México, durante los últimos veinticinco años, el radical adelanto que ha obtenido en el camino de la civilización, es una de las maravillas del mundo. Esto no quiere decir que México pueda compararse, por su sistema político y social, con los países verdaderamente ilustrados, ni que, en toda la extensión de la palabra, pueda llamarse República; pero el gigantesco paso que en tan breve tiempo ha dado para salir de su antigua condición de anarquía, revolución y vandalismo, le da derecho á ser considerada como única entre todas las naciones.

«El progreso real de México empezó con el advenimiento de Porfirio Díaz al Poder Ejecutivo: él se abrió paso hasta el poder en la misma forma en que los anteriores Presidentes, y al empezar su gobierno se encontró rodeado por los antiguos elementos de ilegalidad y destrucción, que tanto abundan en los países latino-americanos.

«Pero Díaz no siguió el camino trillado por otros dictadores. Hombre de vasta inteligencia, de gran fuerza de voluntad, una de las tremendas personalidades del mundo, empuñó con mano firme las riendas del poder, y desde entonces, hasta esta fecha, *él ha sido el Gobierno de México*.

«No es un simple jefe del poder Ejecutivo: su gran personalidad, su incomparable poder de organización, su tremendo carácter, su valor indomable y la inteligente amplitud de sus dotes de estadista, le han permitido el dominio y dirección de cada uno de los nervios y cada una de las arterias de México.

«A sus otras grandes cualidades ha unido la honradez, la noble ambición, el amor á la justicia y el amor á su pueblo, é indudablemente merece ser considerado como una de las grandes figuras del mundo. Tanto por su carácter personal, como por las cualidades que han asegurado su conspicua fama de Jefe Ejecutivo, Porfirio Díaz es acreedor á la admiración, el amor y la veneración de la Humanidad . . .

«Fué suficientemente sabio para comprender desde el principio de su administración, que la verdadera grandeza de su patria está

basada en la dirección del progreso material; se ha esforzado, no sólo en atraer á su país el capital extranjero, sino en garantizarlo debidamente, cuando lo ha conseguido. . . . Las estadísticas publicadas por el Sr. Barlow, Cónsul General de los Estados Unidos, muestran que actualmente hay más de quinientos millones de dólares de capital americano, ventajosamente invertidos en México.

«Los americanos son, generalmente, bien tratados por el Gobierno mexicano, y aunque en México hay muchas cosas que no están á la altura en que se encuentran en nuestro país (algunas supervivientes leyes y costumbres medioevales que censuraré debidamente), en general, el progreso de México ha sido tan asombroso, y el gobierno tan admirablemente adaptado al pueblo mexicano, que casi no se escuchan de boca de los extranjeros, más que elogios y sinceros votos por que el gran gobernante disfrute largos años de fuerza y de salud. . . .

«México tiene una Constitución *muy semejante* á la de los Estados Unidos.» *

* * *

Al asegurar que en México existen leyes y costumbres medioevales, olvidó Crichfield la ley Lynch y la cremación de *negros vivos*, en cuya *medioeval ceremonia* toman parte, con gran entusiasmo, hasta las mujeres y los niños yanquis.

¿Ignora el ilustre escritor que aquellos *negros*, sus hermanos en la humanidad, ocupan en la escala zoológica igual rango que los *blancos*, por pertenecer al mismo género que ellos, HOMO SAPIENS, y al mismo orden, PRIMATES?

¿Es sólo nuestra raza latino-americana, la que ha heredado la barbarie y crueldad de sus antepasados?

¿No han heredado los anglo-americanos esas *costumbres crematorias* de la vieja *raza modelo* anglo-sajona, que encendió la *hoguera medioeval* en que murió la sublime alucinada Juana de Arco?

¿Por qué tanta severidad para la joven raza latino-americana?

Creo en la posible, aunque lejana redención de nuestra raza. . . .

Creo, además, que el pueblo mexicano está llamado á ser, acá en América, lo que el valiente pueblo japonés ha sido allá en el Asia: un precursor de inesperados hombres é inesperadas civilizaciones. . . .

* «American Supremacy.»—By George W. Crichfield.—New York.—Brentano's. 1908.

Y creo también, que la obra y el ejemplo de Porfirio Díaz inician un período de regeneración y de unificación liberadoras, una era de promesas de ventura para esta noble raza, cuya gloriosa transfiguración presienten ya, mi alma de Latino y mi corazón de Mexicano.

En vano han pretendido sabios escritores clasificar el Gobierno del General Díaz entre alguno de los sistemas de gobierno conocidos.

Por mi parte, sólo encuentro lugar para esa forma de gobierno en un nuevo sistema filosófico, nacido allí en la misma patria del escritor que tan despiadadamente ha censurado los defectos de los pueblos latino-americanos, olvidando, sin duda, los no menos censurables defectos de su propio pueblo.

Hace ya algunos años, que el espíritu culto y eminentemente práctico de los anglo-americanos, viene oponiendo á la filosofía racionalista, germánica y latina, una filosofía completamente nueva: EL PRAGMATISMO.

Dice el Dr. Renon:

«El vocablo pragmatismo viene del griego, y significa hecho, acto, acción; es la filosofía de los hechos, de la vida práctica, la filosofía de los resultados, de la experiencia y de la acción.»

Pues bien, lo que Porfirio Díaz ha hecho, es aplicar el pragmatismo á su política y á su sistema de Gobierno, utilizando cuanto de prácticamente utilizable existe en nuestro pueblo, nuestro modo de ser y nuestras leyes; eliminado lentamente, prudentemente, pero enérgicamente, cuanto de utópico, de exagerado y de quimérico existe en las doctrinas y sistemas ideales, creados por algunos soñadores que han predicado mucho en sus escritos y han declamado mucho en la tribuna, pero que nunca han gobernado un pueblo.

Si en las ciencias humanas, la pesquisa tenaz de la verdad absoluta, conduce siempre al caos; en política y en Gobierno, la persecución de la perfección absoluta, conduciría simplemente al fracaso.

Hay una gran distancia entre el filósofo racionalista, que va en pos de las verdades y perfecciones absolutas, y el filósofo pragmático, que sólo va tras de los hechos y los resultados.

Porfirio Díaz no ha pretendido gobernar idealmente, pero sí ha conseguido gobernar prácticamente.

Demócrata en la forma, pragmático en el fondo, es y ha sido el sistema político adoptado por ese hombre sagaz y prudentísimo, que desde sus primeros pasos administrativos, viene ya despertando el creciente interés de cuantos sabios y estadistas se han ocupado en es-

tudiar su obra, y han acabado al fin por admirarla, y por decir como Teodoro Roosevelt: PORFIRIO DÍAZ HA HECHO POR EL PUEBLO MEXICANO, CUANTO SE PUEDE HACER, HUMANAMENTE, POR UN PUEBLO.

* * *

Facilitar las transacciones mercantiles, proteger los intereses de las naciones amigas, sin perjudicar los suyos propios, abrir las puertas de su territorio á una inmigración que lo mejore, y su comercio á un mercado que satisfaga las necesidades de su consumo.

Garantizar la inversión de capitales extranjeros, con la paz y firmeza de sus instituciones, el prestigio de su honradez y el apoyo de su justicia; tal es el importante papel que corresponde á un Gobierno que se interesa por el adelanto de su pueblo, y tal es, sin duda alguna, el honroso papel desempeñado por el pacífico Gobierno de Porfirio Díaz, en la brillante evolución de la nacionalidad mexicana.

Nuestro país, tras relativamente corto período de paz y de trabajo, debidos al esfuerzo de un patriota enérgico y honrado, engrandece su ejército, multiplica sus recursos, enriquece su hacienda, cría y afirma su crédito, impulsa su comercio, estableciendo un ilustrado Cuerpo Consular, y ensancha el círculo de sus relaciones internacionales, creando un brillante Cuerpo Diplomático, que le honra y le enaltece.

Porfirio Díaz demuele en treinta años, cuanto de malo y carcomido había en el PAÍS DE LAS REVOLUCIONES, y sobre las ruinas del turbulento México *del pasado*, edifica los sólidos cimientos del pacífico y progresista México *del porvenir*.

La obra de un solo hombre, resultó superior á la obra de tres siglos. . . .

Mas como ya hemos dicho, no faltan descontentos, no faltan ambiciosos *fracasados*, que vengan á decir:

«Nosotros no negamos el adelanto del país, ni la firmeza de su paz, ni la seguridad del alto crédito de que actualmente goza; pero abrigamos el fundado temor de que á la muerte del actual Presidente, sobrevenga, si no una revolución armada, porque esto es ya casi imposible, sí una difícil situación, disturbios y conflictos que nos hagan retroceder, menoscabando la confianza del comercio extranjero, y el prestigio que ya hemos adquirido.

«Y por eso queremos que se haga una prueba, un ensayo, á fin

de convencernos de que el pueblo puede marchar tranquilo y sin tropiezos, bajo la dirección política de otro hombre.

«Y proponemos que el General Porfirio Díaz abandone temporalmente su puesto, encomendando el Gobierno á un hombre de toda su confianza y de reconocidas aptitudes, capaz de continuar su obra económica, política y moral, sin apartarse del camino trazado.

«Ya era tiempo de que Porfirio Díaz hubiese creado, formado y educado un sucesor. El no haberlo hecho, constituye su grande, y tal vez su único pecado.»

Los que así raciocinan, no comprenden la enormidad del disparate que proponen.

Porque encontrar un hombre que pueda proseguir la obra del Presidente Díaz, sin apartarse del camino trazado, es imposible.

En el Gobierno, como en el Océano, las rutas atrevidas y sembradas de escollos, sólo pueden seguir las los pilotos expertos y adiestrados.

En Historia se repiten alguna vez los hechos, pero jamás se repiten los hombres.

Yo no dudo que pueda encontrarse un estadista capaz, por su talento y aptitudes, de proseguir la obra de Porfirio, pero no por el mismo camino, ni por los mismos medios, ni en la misma forma.

El que venga, se encontrará en un medio muy diverso y en tiempos muy distintos.

Porque ya el pueblo es otro, y otros son su espíritu, su aspiración y sus ideales.

En el actual momento histórico, la psicología de las masas está ya muy distante de lo que antes era.

Las condiciones sociológicas de la nación y sus tendencias y sus necesidades han cambiado por completo, en virtud de la ley evolutiva.

El crédito adquirido, las deudas contraídas, los convenios pactados, la riqueza creada, la población crecida é ilustrada, los hábitos de orden y de paz bien arraigados, y el vigoroso impulso hacia el progreso ya iniciado: todo esto hará que la política seguida en lo futuro, tenga que ser completamente nueva y muy distinta de la seguida en lo pasado.

Inútil es buscar un hombre capaz de someter al pueblo mexicano.

Ni *someterse* es adaptarse, ni se puede imponer Gobierno alguno más que á los pueblos débiles ó pobres, á los países que revolucionan; pero jamás á una nación que evoluciona.

Nadie podrá seguir estrictamente el camino trazado por Porfirio. Para poder hacer lo que él ha hecho, para seguir haciendo lo que él hace, debería poseer el que viniese, todo el caudal de gloria y de prestigio, de admiración y de confianza, de gratitud y de respeto, con que el pueblo ha premiado á su caudillo. . . . Tener detrás de sí todo un pasado de abnegación, de patriotismo y de trabajo. . . . medio siglo de luchas. . . . medio siglo de triunfos. . . . medio siglo de historia: lo que sólo se obtiene por conquista, lo que nunca se adquiere por herencia y ni puede comprarse, ni, mucho menos, puede improvisarse.

Es una de las grandes excepciones de la Historia, la que Porfirio Díaz ha realizado al conseguir que el pueblo se adapte á su Gobierno.

En lo futuro, será el Gobierno el que se adapte al pueblo.

El presidente que le substituya, militar ó civil, débil ó fuerte, tendrá que *someterse*, ó puede estar seguro de estrellarse.

*
* *

Juzgo altamente injusto decir á un gobernante:

«Durante más de treinta años has regido los destinos de tu país con éxito completo.

«Te debemos la paz, la unión y el bienestar moral y material.

«Nuestra actual situación es obra tuya, pero no nos parece bastante lo que has hecho, queremos que hagas más.

«Verdad es que en previsión de lo que pueda acontecer cuando tú faltes, has creado un puesto que era indispensable para asegurar tu sucesión pacífica y legal.

«Con tal objeto has creado la Vicepresidencia; pero, además, debiste crear el Vicepresidente.

«No sólo el puesto, sino el puesto y el hombre.

«Después de la función, has debido formar el funcionario, y desde ahora te hacemos responsable de lo que sobrevenga cuando tú no gobiernes ó no existas, y desde ahora te exigimos que antes de abandonar el cargo, á cuyo fiel desempeño has consagrado tu existencia entera, nos garantices la conducta, el resultado y hasta el éxito completo del que te substituya.

«Es decir, te exigimos lo que jamás nación alguna exigió ni á sus emperadores, ni á sus reyes, cuya sucesión es forzosamente hereditaria, recayendo en sus hijos engendrados y educados por ellos.

«Te pedimos algo que está muy por encima del humano poder: *un imposible en el orden político y en el orden social.*»

Esto es absurdo, como es también absurdo é inicuaamente injusto pretender que el gran hombre, después de haber sacrificado tantos años á la causa del pueblo y al engrandecimiento de su patria, se resuelva á exponer al país á un descalabro, rehusando, á todo trance, un puesto á que de nuevo, y por aclamación unánime, le llaman la voluntad del pueblo y la sensata voz de cuantos hombres honrados y trabajadores, nacionales y extranjeros, prosperan en el suelo mexicano, al amparo de su Gobierno y de su nombre.

Y ésto, no más que por dar gusto á *dos ó tres* ambiciosos, que si buscan un cambio, es porque abrigan la esperanza de aprovecharlo en favor de sus personalísimas aspiraciones y de sus particulares intereses. . . .

¡No, y mil veces no!

Porfirio Díaz no debe dar oído á la insensata voz de unos cuantos intrigantes.

Su deber está allí, donde se encuentra, y donde el pueblo mexicano quiere verle por muchos años más.

*
* *

Hemos ya dicho, cuántos y cuán justificados fueron los motivos que decidieron al caudillo á rebelarse contra la reelección de aquellos descarriados gobernantes, haciendo conocer su gran programa, ideal é irrealizable, en el ya tantas veces comentado manifiesto, que se llamó Plan de la Noria, y que después en Tuxtepec varió sólo de forma.

Hemos también expuesto los motivos que más tarde habrían forzosamente de impedir la completa y estricta realización de aquel programa, que trazado *en el tiempo y el medio en que vivíamos*, tendría que irse cambiando y adaptando al *muy distinto tiempo y al muy diverso medio en que vivimos*.

Para concluir, he aquí, en resumen, la verdad de los hechos:

Existió en aquel tiempo un Gobierno arbitrario, impopular é inepto, á cuyos increíbles desaciertos debió el país su lastimosa decadencia, su alarmante miseria, la división y la discordia entre sus hijos, la más justificada desconfianza entre propios y extraños, muchos disturbios en el interior y el consiguiente descrédito en el extranjero.

Para impedir que tal Gobierno, al perpetuarse indefinidamente,

concluyera hasta con los escasos restos del prestigio nacional, y nos volviese á hundir en las desgracias del pasado, haciéndonos perder los sacrificios consumados y malograr los bienes adquiridos; un hombre, ya deseado por el pueblo y conocido como patriota enérgico y honrado, resolvió acaudillar un movimiento serio y decisivo en favor de la honra y la vida de su patria.

Para llegar al alto y noble fin propuesto, á la unión y á la paz con que él había soñado, ese hombre tuvo que realizar una obra de gigantes, una de aquellas colosales obras que sólo abarca el genio, y cuya realización tan sólo es dada á uno que otro elegido del Destino.

Aprovechar los más heterogéneos elementos, utilizar las más desordenadas y peligrosas energías dispersas; encauzar los aislados esfuerzos de los buenos; refrenar los violentos impulsos de los malos; servirse de los unos y los otros, y, apoyado en tan falsas y tan contrarias fuerzas, proclamar el ENTONCES OPORTUNO é indiscutiblemente necesario y salvador principio de la NO REELECCIÓN, como único remedio á tantos males.

Y ésto, á pesar de todos los peligros de la empresa, y afrontando el poder de un Gobierno constituido, las envidias, el odio y los rencores de tantos descontentos; luchando con la falta de recursos y arriesgando la vida á cada paso, desde el momento mismo en que empuñó las armas en favor de la causa proclamada.

No hizo revolución, pues la revolución ya estaba hecha.

La acaudilló, la engrandeció, la ennobleció, la utilizó para sus altos y grandiosos fines, y luego la deshizo para siempre.

Y así como deshizo la revolución, obra de la necesidad y del tiempo y del pueblo, así también deshizo la reelección, obra de un obstinado gobernante; sin que sea culpa suya, que LA NECESIDAD, EL TIEMPO Y LA NACIÓN, la hayan REHECHO.

Un éxito completo coronó los esfuerzos del gran hombre, que al ocupar por vez primera el alto puesto á que sus hechos y el sufragio del pueblo le llamaban, empezó su grandioso, lento y firme trabajo de regeneración y de adelanto, su asombrosa labor económica, política y moral, que en unos cuantos lustros había de conducirnos á la altura en que estamos.

Pero llegó un momento en que, juzgando al país pacificado y capaz de marchar sin su ayuda por el sendero que le había trazado, entregó voluntaria y dignamente su alto puesto al sucesor que el pueblo había elegido.

Y lo entregó sin resistencia alguna, cuando estaba en su mano conservarlo, demostrando con este proceder justo y honrado, que era y que sería en lo sucesivo, el más ferviente y adicto partidario de la NO REELECCIÓN, y dando así un altísimo ejemplo de civismo.

Sólo que en esa vez las esperanzas del prudente y sagaz estadista quedaron defraudadas. La administración del sucesor concluyó en un fracaso tan completo, que la nación, horrorizada ante la magnitud de aquel desastre, volvió á llamar al digno gobernante y á entregarle de nuevo y por entero su poder, su confianza y su Destino.

Vuelto al supremo mando el partidario de la NO REELECCIÓN, y ante el solo prestigio de su nombre, el país recobró la fe y la calma; volvió á emprender su marcha laboriosa, fecunda y progresiva, y á recobrar el crédito y el rango que hasta la fecha ha conservado.

Desde entonces el pueblo mexicano, ni ha querido hacer nuevos ensayos, ni quiere cambiar de Gobernante, y sólo anhela que la vida y las fuerzas de ese hombre, á quien ya tanto debe y del que tanto espera, resistan el estrago del tiempo y del trabajo para que pueda proseguir su obra. . . .

Tal es la situación de este país, pasado un siglo de la gloriosa fecha en que nació á la libertad y tuvo independencia y propia vida.

El hombre que ha regido sus destinos, el que ha logrado redimirle de sus grandes pecados fratricidas, y después ha sabido engrandecerle y elevarle hasta el honroso puesto que hoy ocupa entre los cultos pueblos de su tiempo, ese hombre aún está allí. . . . de pie. . . . sobre el soberbio pedestal de su obra de treinta años, y firme como el roble soberano que resiste el empuje de los siglos, aún tiene fe y aliento y resistencia para seguir luchando, como Ajax, sin rendirse á los hombres ni á los hados. . . .

Y en tanto que las fuerzas no le falten, Porfirio Díaz está obligado á seguir trabajando sin descanso y á morir en su puesto, por el bien de su patria, por amor á su pueblo, en favor de su obra y en honor de su historia.

FIN